

EN EL ÚLTIMO INSTANTE.

La Muerte se vino a vivir a mi casa un miércoles de otoño. Veníamos mi hermana y yo de salir del colegio cuando nos la encontramos en el salón sentada, tan tranquila, viendo la televisión. El susto fue mayúsculo. Irene me apretó la mano y yo sentí que las piernas me flaqueaban. Nuestra madre hacía poco que había fallecido y aunque no pudimos ver el momento final en que se la llevó, sabíamos perfectamente que era ella. Por eso nos supusimos que venía a por nuestro padre. Pero verle salir de la cocina con el mandil de mamá sonriendo y ver a la Muerte sentada viendo el primer avance de las noticias, nos descuadró todavía mucho más que verla en el salón.

-Ya estáis aquí- dijo papá sin abandonar su alegría-. Os quiero presentar a Muerte.

La jovialidad, la confianza, nos lo dijo todo. Irene volvió a apretarme la mano y sin que intercambiásemos palabra salimos disparados a nuestra habitación.

Aquel día planeó sobre la casa una calma tensa. Papá se mostró enfadado con nosotros por nuestra actitud. A nosotros se nos cortó la digestión por el pánico. Y Muerte estuvo todo el día sin querer abandonar el salón pese a las reiteradas invitaciones de nuestro padre.

De esta manera, Muerte se quedó dentro de nuestra familia. Nuestra vida era sencilla. Papá se iba a trabajar, Muerte se iba a trabajar y nosotros nos íbamos al colegio. Gracias a nuestra madrastra nuestro círculo de amistades, preso del pánico, se vio reducido, aunque hubo ciertas incorporaciones bastante indeseables, por ejemplo, Pili, la del segundo izquierda, que leía las cartas y los posos del café, y Julián un chaval venía al colegio cargado de cadenas y calaveras y siempre vestía raro.

Al principio, como es normal, Muerte se mostró tímida con nosotros. Comprendía perfectamente nuestra confusión y miedo, pero poco a poco y debido a sus intentos, comenzamos a hablarnos. Así descubrimos que era una mujer gentil y ordenada, que le gustaba los platos de cuchara y detestaba los días de lluvia, usaba bajo la larga túnica zapatos rojos de charol y adoraba afilar su guadaña que, sin dudar, nos prestó.

-Mi cometido es poner fin a la vida. ¿Os lo imagináis, vivir eternamente? Eso sería espantoso. Cargados de años y de achaques.

-Hay gente que muere joven- le rebatió Irene, sin duda alguna acordándose de nuestra madre.

-Sí, eso es cierto, incluso bastante joven. Pero yo no he dicho que mi trabajo sea sencillo.

-Pero te gusta. Se te nota en la cara y al hablar que te gusta.

-Ya sí -esa afirmación nos llamó la atención- Llevo mucho tiempo siendo la Muerte y al final he comprendido la importancia de mi trabajo.

Tanto insistimos que un día accedió a llevarnos. Era de noche, nuestro padre dormía y nosotros estábamos emocionados. Toda la tarde nos había estado preparando, Muerte nos había anunciado que esa noche tendría que segar una vida y soltar con la ayuda de su guadaña un alma viva de un cuerpo moribundo. La primera vez que nos los explicó nos quedamos estupefactos... ¡así era como íbamos al cielo o al infierno! ¡oh, madre mía, era así!

Reamente la Muerte no era tan mala como pensábamos, tan sólo era la encargada de ayudarnos a dar el siguiente paso, terminar con esta vida para dar paso a otra más larga y definida.

Pasamos toda la tarde animados, estudiando cada cual nuestro cometido, cada paso que íbamos a dar. Lógicamente sería Muerte la encargada de todo, nosotros nos limitaríamos mirar. Era la primera vez que iba a llevar a espectadores. Siempre había trabajado sola. En los últimos momentos de vida de una persona, por alguna extraña razón, Muerte se tornaba invisible, de este modo podía llegar hasta la persona moribunda, buscar el ángulo perfecto de siega y conseguir separar el alma del cuerpo. Era un instante, contra todo pronóstico, feliz. Por eso era en el fondo, desconcertante el dolor y las lágrimas de los familiares y amigos. Pero en aquella ocasión, la desorganización de aquella familia no era tal. Una hija nos descubrió y preguntó a todos y a nadie con una voz tipada:

- ¿Y estos niños, de dónde han salido?

Vista una muerte, vista todas, nos explicó después de vuelta a casa, cogidos tiernamente por su huesuda mano. El poder sanador para lo que queda de valor en un cuerpo moribundo que pudiera aplicarse ya no tenía sentido. Lo único que lo tenía era poder fin a esa vida. Como cuando se hunde un barco y se salva en los botes lo único que sirve.

A partir de aquel día, en casa hubo una alegría casi desbordante. Incluso Irene, la más reacia a su presencia, la incluyó en sus frases y en sus juegos. Comenzamos a ser una familia, aunque de puertas para fuera no nos veían con buenos ojos. Los años pasaron, papá acabó jubilándose, Irene fue a la universidad y yo me casé. Más tarde, papá murió y Muerte estuvo ahí para dar por finalizada su vida. Creo que fuimos la única familia del planeta que lo entendió. Luego continuamos cada cual con nuestra vida. Muerte se marchó muy lejos y con el tiempo fuimos perdiendo el contacto, no sé si volvió a encontrar el amor terrenal y tuvo otra familia. Nosotros sí, tuvimos hijos e incluso nietos. Tuvimos grandes momentos y otros que no lo fueron en absoluto. Cuando mi hermana y yo nos juntábamos a tomar té en el bar del barrio hablábamos de todo incluso de nuestro momento final. Sabedores que después de mucho tiempo volveríamos a verla.

Yo fui el primero. Fue una mañana de septiembre. Me había despertado porque me dolía terriblemente el pecho, tenía el brazo entumecido y una nube de gotitas de sudor me perlaban la frente. Abrí los ojos sobresaltado, no ya por el dolor, sino porque había advertido una presencia a mí lado.

-Vicente- me nombró pese al tiempo transcurrido, inclinándose sobre mí.

Era ella, por supuesto. Perfecta y temible, como era su costumbre. Con su guadaña y su túnica. Su rostro cadavérico con aquellos ojos fosforescentes, tal y como la describían en los viejos cuentos.

-Muerte, cuánto tiempo...

Ella cabeceó, pero no sucedió nada más. Metódica, como siempre había sido, la vi ponerse en la posición más adecuada para finalizar mi vida. Cuando lo tuvo todo preparado, levantó los brazos y cogió aire.

- ¿E Irene...? - le pregunté.

Ella suspendió todo gesto y me dijo:

-Dentro de dos años, para Navidades.

Ahí supe que ella que en todo el tiempo que estuvo conviviendo con nosotros, sabía perfectamente cuál iba a ser nuestro último día. Lo cual me dejó maravillado.

Quise decir algo más, pero ella ya hacia segundos que había dado por concluida mi vida.